

SOLEMNIDAD DEL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO "Ciclo B"
6 y 7 de Junio del 2015

Al leer este familiar pasaje del Evangelio de hoy de la última cena, por primera vez me di cuenta de un detalle en este que me hizo reflexionar cuando estaba preparando esta homilía. Como la mayoría de la gente, uno tiende a concentrarse en el final de este pasaje, en el relato de Jesús cuando instituye el Sacramento de la Sagrada Eucaristía. Pero, hay un detalle que ocurre al comienzo de la historia que ayuda a entender la naturaleza y el propósito del sacramento de la Eucaristía, la cual honramos y celebramos hoy.

Al comienzo de esta historia Jesús da instrucciones a sus discípulos, después que le preguntaron, a dónde iban a celebrar la Cena de Pascua. "Entonces Jesús mandó a dos de sus discípulos y les dijo: Vayan a la ciudad, y les saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua Síganlo. ... El les mostrará en el piso superior una pieza grande, amueblada y ya lista. Preparen todo para nosotros". (Mc. 14: 13-15).

¿Hemos alguna vez pensado que estas palabras se están refiriendo a nosotros? En cada Santa Misa Jesús viene a nosotros como invitado, entra en nuestra "casa", a nuestra "pieza para invitados", a nuestro corazón. Jesús no fuerza su presencia o el don de sí mismo en nosotros. Él espera que nosotros le mostremos nuestra hospitalidad, la «pieza grande, amueblada y ya lista», para nuestro encuentro.

Cada vez que invitamos a Jesús en nuestros hogares, es decir, en nuestra vida con toda su luz y lados oscuros, y le ofreceremos en nuestra mesa el lugar de honor, entonces Jesús tomará el pan y la copa de vino y nos los entregará a nosotros diciendo: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi sangre. Haced esto en memoria mía". La Eucaristía es la más común y el más divino gesto imaginable. Esa es la verdad de Jesús. Tan humana, pero a la vez tan divino; tan familiar, pero a la vez tan misteriosa; tan cerca, pero a la vez ¡tan revelador! Jesús es Dios-para-nosotros, Dios-con-nosotros, Dios-dentro-de-nosotros. Jesús es Dios entregándose a sí mismo por completo, revelándose a sí mismo por nosotros sin reservas. Jesús no guarda nada o no se aferra a sus propias posesiones. Él da todo lo que hay que dar. "Comer, beber, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre ... ¡esto soy yo, para ustedes!"

Todos queremos tener este mismo deseo, de darnos nosotros mismos en la mesa. Cuando huéspedes entran en nuestros hogares, y cenan en nuestra mesa, decimos: "Comer y beber: Hice esto para ustedes. ¡Sírvanse! ¡No sean tímidos! ¡Sírvanse más! ¡Sírvanse de

nuevo! (Un amigo italiano mío siempre me decía: "*Manga, manga*" [¡Toma, come, come!]). Es aquí que está esta cena, para que ustedes lo disfruten, para que sean fortalecidos, sí, para que sientan lo mucho que Los amo". Lo que deseamos no es simplemente dar la comida y la bebida, sino que darnos a nosotros mismos. Cuando instamos a los invitados a nuestra mesa para comer y beber, lo que queremos decir es: "Sé mi amigo, sé mi compañero, sé mi amor—sé parte de mi vida— quiero entregarme a mi mismo a ti."

En la Santa Eucaristía, Jesús está dando todo. El pan no es simplemente un signo de Su deseo de convertirse en nuestra comida; la copa de vino no es sólo una señal de Su voluntad de ser nuestra bebida. El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, cuando se nos la entrega a nosotros. El pan, de hecho, es su Cuerpo entregado para nosotros; el vino es su Sangre derramada para nosotros, así como nos lo ha relatado el autor de Hebreos en la lectura de hoy. Así como Dios llega a estar completamente 'presente' por nosotros en Jesús, entonces Jesús se convierte totalmente 'presente' para nosotros en el pan y el vino en la Santa Eucaristía. Dios no sólo se hizo carne para nosotros en un tiempo, y en un país hace mucho tiempo atrás. Dios también se convierte en nuestro alimento y bebida para nosotros en el mismo momento de la Celebración Eucarística, justo donde estamos, reunidos entre sí los unos a los otros alrededor de la mesa del altar. ¡Dios no guarda nada! ¡Dios lo da todo! Ese es el misterio de la Encarnación, de Dios-volverse-humano cuando celebramos la Navidad. Así también, es el misterio de la Sagrada Eucaristía. Sólo el modo de presencia es diferente: en la carne y en la sangre humana que vivió, que murió y que resucitó en nuestra historia de la humanidad; el pan y el vino que son productos de la tierra y del trabajo del hombre, son tomados y transformados en Dios. El sacrificio en la cruz y el sacrificio de la mesa son un solo sacrificio, una completa autodonación divina que se extiende a toda la humanidad en el tiempo y en el espacio. La palabra que mejor puede expresar este misterio de amor de donación total a Dios es "comunión".

Una vez más Jesús viene, desea sentarse en nuestra mesa, de encontrarnos, de compartir con nosotros: la sagrada comunión. ¡"Dichosos los llamados a cenar en el Reino de Dios"!

(Gran parte de esta homilía fue tomada del libro de **Henri Nouwen**, "**Jesús: Un Evangelio**", editado por Michael O'Laughlin, Orbis Books, Nueva York, 2002, pp 86-88)

Padre Jim Secora